

El búnker de Noé

Una novela de

Gabri Ródenas

© 2011, Gabri Ródenas

© 2013, de la cubierta Jose Ródenas / Flu

No tengo del todo claro si alguna vez alguien escuchará estas notas. Y, en caso de que así sea, no consigo imaginar qué tipo de persona será quien lo haga. Si algo me impulsa a grabar esto es la esperanza de que nadie encuentre pronto el *mp3* (pues lo destruiría de inmediato), pero sí que el contenido salga a la luz algún día, dentro de varias generaciones. Cuando todos los que directa o indirectamente contribuyeron a hundir el mundo en la miseria en que presumiblemente se sumirá hayan desaparecido. Deseo que todos los testigos del cambio ya no estén cuando alguien descubra esta grabación. Mi propósito es que los hombres y mujeres del futuro sepan cómo era el mundo, su mundo, antes de que ellos y ellas nacieran. Probablemente todos los libros de historia, todas las imágenes, cualquier tipo de documento que permita la reconstrucción del pasado, sean destruidos. Sólo quedarán manuales técnicos: cómo hacer más bombas, cómo no morir a causa de enfermedades antiguas y cómo proceder para hacer frente a las que, inevitablemente, surgirán de forma novedosa; cómo sintetizar medicinas y carburantes; cómo fabricar ordenadores y teléfonos... En fin, tan solo algunos libros que impidan la desaparición del recién nacido Nuevo Hombre, o lo que es lo mismo, que garanticen la continuidad del grupo de los elegidos y que aseguren que su estancia en el planeta sea lo más cómoda y viable posible.

Así pues, trataré de relatar todo desde el principio. Aunque ya no tenga la menor importancia, intentaré guardar las formas y me presentaré. Me llamo León Poiccard (mi padre era francés, yo no) y hasta hace relativamente poco trabajaba en la sección de deportes del *Vientos de cambio*, para ser francos un diario de segunda o tercera. Por supuesto que jamás pensé que terminaría allí. De hecho, nunca me habían interesado los deportes. Pero así es la vida. Yo quería ser escritor. Supongo que no tengo el talento suficiente, de modo que tuve que contentarme con redactar crónicas de los eventos deportivos más destacados. Tal vez «redactar» no sea el término más adecuado, ya que, como es por todos bien sabido, a los periódicos como el *Vientos de cambio* la mayor parte de las noticias les llegan a través de agencias que proporcionan paquetes de información a rotativos modestos. Así que mi tarea consistía sobre todo en retocar estilísticamente lo que nos enviaban. Intenté ser creativo en ese terreno, mas me temo

que tampoco lo logré. «El corredor X parecía que iba a romper la barrera del sonido» o «Deconstrucción/reconstrucción del viento hecho añicos por el balón disparado por Y» eran giros que no convencían a mi jefe de sección. Ahora que lo pienso, y les aseguro que menudo momento para pensar en estas cosas, advierto que no eran demasiado buenos. No era precisamente Gay Talese. Y hasta aquí lo referente a mi vida personal.

La historia que quiero contarles, y permítame el incierto oyente que adopte un cierto estilo literario, comenzó, como casi todas las cosas importantes, con un error. Como ya he dicho, una agencia nos enviaba paquetes de información diversa. Recibí vía mail el bloque correspondiente a los contenidos deportivos y procedí a su lectura. Nada fuera de lo habitual, hasta que algo que no parecía gran cosa me llamó la atención. Entre dos noticias relacionadas una de ellas con no recuerdo qué partido de fútbol y otro refrito sobre juegos olímpicos, encontré un lacónico mensaje en inglés «Niels Oppenheimer is in». «Niels Oppenheimer está dentro» fue como lo traduje en ese momento, si bien más tarde descubriría el verdadero significado. Probablemente todo hubiese quedado en una mera anécdota de no ser por mi naturaleza curiosa. El apellido Oppenheimer me resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo debidamente, por lo cual introduje el nombre en un buscador de Internet. Claro, cómo olvidarlo, se trataba de uno de los padres de la bomba atómica. No Niels Oppenheimer, sino Julius Robert Oppenheimer. Supuse que el tal Niels sería su hijo, algún familiar u otro Oppenheimer digno de figurar en la correspondencia interna del *Vientos de cambio*, pero me equivoqué. También por curiosidad introduje «Niels Oppenheimer» en el buscador. Muy poca información: la mención de un artículo sobre física nuclear y un par de simposios en Armenia. Estaba claro que ese otro Oppenheimer no gozaba del mismo número de referencias en la Red que Julius Robert.

Hacía demasiado calor en la redacción, de eso estoy seguro. No tenía mucho que hacer (lo cierto es que nunca tenía mucho que hacer) y, además, ese día, lo recuerdo perfectamente, me dolía bastante la cabeza. Quizá por ello, dejé las notas para luego y me permití el lujo de comprobar el remitente del email. Me lo había reenviado el redactor jefe. A él a su vez se lo habría enviado alguien de la agencia. Unas siglas, arroba y el nombre de la agencia punto com. Un personaje anónimo para mí.

Una compañera pasó por delante de mi mesa y me preguntó si la acompañaba a tomar un café. Miré el reloj. Media mañana. «Por supuesto», le dije. Por norma general nunca rechazo una invitación de ese tipo, ya que supone una combinación a la que no me puedo resistir: café y mujer, en ese orden. Si además, como era el caso, la mujer es decididamente hermosa, entonces no había escapatoria.

Maribel acababa de separarse de su esposo y, a diferencia de otras personas en su situación, no había perdido el juicio ni la dignidad y no había optado por paliativos y consuelos que no estimo necesario mencionar aquí puesto que cualquiera puede imaginarlos. No había tenido hijos, lo que, considerando a su ex—marido, era una gran suerte. Estar vinculada de por vida a un individuo así debía ser un suplicio.

Conocí a ese hombre una noche. Varios compañeros de trabajo con sus respectivas parejas o, como en mi caso, acompañantes, salimos a cenar. Maribel iba con el tal Lucho, que era como se autodenominaba. Me pareció un nombre bastante estúpido, seguramente porque me recordaba a otra persona decididamente antipática que durante el transcurso de una conversación había mencionado ese nombre, refiriéndose a otro Lucho. Ya se sabe, la vieja asociación libre hace a inocentes culpables y a culpables inocentes. El por entonces marido de mi compañera vestía con cierta clase, muy informal pero con estilo. Si la memoria no me falla —algo que no me extrañaría en estos momentos— llevaba una camisa blanca de algodón muy bien planchada y desabotonada un botón más de lo habitual, lo que permitía lucir un torso moreno y ejercitado en el gimnasio, vaqueros desgastados y chaqueta americana azul marino ligeramente entallada. Aunque mi orientación sexual está bastante definida y no menos testada, reconozco que me gusta fijarme en los otros ejemplares de mi mismo género cuando estimo que se puede aprender algo de ellos. Soy honesto también en ese sentido, sé tolerar la presencia de un rival de altura —no es que éste fuese el caso— e incluso disfrutar de un pulso entre seductores.

Lucho era un arquitecto más bien mediocre pero muy bien relacionado debido a su innegable atractivo personal. Como pude comprobar en breve, también era un mujeriego. A mí me acompañaba una vieja amiga, una galerista de arte de singular belleza e inteligencia (¿será por eso que la cosa nunca pasó de unos cuantos escarceos sexuales cada vez más intermitentes?). El arquitecto, en cuya defensa debo decir que tuvo el buen gusto de admitir que se sentía fascinado por los prototipos de

Hundertwasser, no tardó en advertir estas cualidades de mi acompañante y, mientras vaciábamos nuestras vejigas al unísono, me preguntó si llevábamos mucho tiempo casados. Para un viejo perro como yo, el elemento tanteador de la pregunta no pasó desapercibido. «¿Cómo puedes ser tan tosco, Luchito?», me pregunté.

—El mes que viene hará veinticinco años, bodas de plata —contesté y sonreí.

Lucho sonrió también. Sabía perfectamente que le había desmontado pues era ostensible que, de ser así, nuestras nupcias tendrían que haber tenido lugar en nuestra más tierna infancia. *Touché*. Siempre me gusta jugar al primer toque, un *crochet* entre el tabique nasal y el ojo, como solía decir mi hermano.

—Es una mujer bella e inteligente. Te felicito.

Al menos tuvo el detalle de saber perder y no insistir en el tema. «Pobre Maribel —pensé en ese momento— tan hermosa y fiel» (los amigos sabemos esas cosas).

—Bueno, ya sabes que más de tres meneos es... —dije al marcharme de los aseos.

Reconozco que fue una vulgaridad pero, ya que se había interesado tanto por mi recién proclamada esposa, estimé que teníamos la confianza suficiente. Ya se sabe, entre hombres, esas cosas unen. Pobre Maribel.

Odio esos cafés de máquina, o mejor debería decir esos sucedáneos de café. Maribel me dijo que esa noche había quedado con unos amigos y que si me apetecía pasar estaba invitado.

—Tengo una cita, lo siento. —La verdad es que no tenía ninguna, si bien eso es algo que una mujer no siempre tiene por qué saber.

—Eres incorregible —me respondió.

—Creo que necesito una mujer como tú —bromeé.

—Pues no creas que te vendría mal.

—Ahhh, si no he tratado de seducirte en estos momentos en que te encuentras tan vulnerable se debe no sólo a mi caballerosidad, sino también a la profunda amistad que nos une. No quiero estropearla, sería incapaz —dije esto mientras la agarraba cariñosamente por el talle. Ella me apartó burlonamente y me contestó:

—¿Quién ha dicho que sea vulnerable, señor Bond?

—Nunca cambiarás, Moneypenny —contesté y volví a mi mesa.

De nuevo el dolor de cabeza. Miré la pantalla y de nuevo mi mente viajó al otro lado. Traté de imaginar quién habría enviado ese mail. ¿Tal vez alguna mujer hermosa, como mi amiga y compañera de trabajo Moneypenny, digo, Maribel Salgado? No sé por qué cometí aquella estupidez. Tomé la dirección del remitente original y le envié un mensaje: « ¿Quién es Niels Oppenheimer y qué hace en la sección de deportes?». Después me quedé mirando tontamente la pantalla. A partir de ahí la cosa fue precipitándose de manera vertiginosa. Algo de lo cual yo comenzaría a darme cuenta al día siguiente.

Mientras me dirigía a casa pensé por alguna razón en aquel mensaje, seguramente porque tenía bastante poco en lo que pensar. No me sonaba esa empresa. Al menos no era la que habitualmente nos distribuía la información. De haberlo recibido separado del cuerpo del correo, lo habría considerado un estúpido *spam* y lo habría borrado sin leerlo. Rápidamente mi pensamiento voló hacia Maribel. Ya sé que un hombre jamás debe dar a entender que está siempre a disposición de una mujer, y menos aceptar una invitación en su terreno. Daría la impresión de que no tenía mucho que hacer, de que su círculo de amigos debía ser reducido y de que, en cierto modo, se hallaba ávido de obedecer. De forma que la declinación de la invitación era estratégicamente incuestionable. Pero, por otra parte, lo cierto es que me apetecía verla. Ella pensaba que yo era una especie de seductor irresistible, algo no del todo cierto. Desde luego que tenía mis momentos y ocasionalmente podía dejarme ver con alguna mujer espectacular, si bien la realidad de mis días era que solía pasarlos solo. Se habría sorprendido de saber cómo era su «seductor» cuando llegaba a casa y se despojaba de la máscara. La cotidianeidad es siempre vulgar: ir al supermercado, cocinar para uno, hacer la colada, barrer la casa y —en el caso de algunos— ponerse el pijama y ver la tele cuando cae la noche. Yo jamás he tenido un pijama, eso quiero dejarlo bien claro.

Esa noche ella estaría rodeada de amigos, de risas, de un poco de buen vino y, quién sabe, tal vez de un mucho de mal sexo. Yo en cambio cogería un libro (¿qué estaba leyendo en aquel momento?), me serviría una copa de vino y me fumaría unos cuantos cigarrillos. Plan que puede parecer ideal, pero del cual uno acaba cansándose. No obstante, lo que más me dolía es que todo eso que podría parecer de haber aceptado la

invitación era absolutamente cierto: no tenía mucho que hacer y mi círculo de amigos era bastante reducido. Ganas de obedecer no tenía. Eso es algo que jamás me ha sucedido. Así me luce el pelo. De modo que, para no perder la costumbre, cogí ese libro cuyo nombre no recuerdo, me bebí media botella de vino y me fumé más de medio paquete de cigarrillos.

A la mañana siguiente pregunté a Maribel por la fiesta.

—Lo pasamos bien —me dijo—. Podrías haber conocido a mi amiga Ana. Seguro que te habría gustado.

—Quizá en otra ocasión me la presentes. Y tú, ¿qué tal? ¿Algún buen chico para ti? —No debería haber preguntado aquello. Error de principiante. Maldita sea, esa mujer estaba empezando a gustarme de veras. Ella se rio.

—¿Estás celoso *mon ami*?

—No. Lo que pasa es que no me gusta que nadie se pasee por mi harén. —Yo también sonreí.

—¿Tu harén? Cada día estás peor.

—Será que necesito una mujer. Una mujer como tú. —*Merde!* Otra vez lo había dicho.

Ella meneó la cabeza sonriendo y se dirigió a su mesa. Me dispuse a abrir el correo. Otro bloque de noticias basura, pero ninguna respuesta de esa empresa desconocida —concretamente [bunk.com](#)—. Supuse que habrían pasado. Me levanté de la silla y fui directo al despacho de mi jefe, el bueno de... de mi jefe.

—Oye, ¿te suena a ti que [bunk.com](#) nos proporcione noticias?

—¿[Bunk.com](#)? ¿Qué es eso? No me suena de nada.

—Pues en el paquete que me pasaste ayer se coló un mensaje de A.E@bunk.com.

—Chico, pues no sé qué decirte. ¿No se trataba de un *spam*?

—No, no. El cortafuegos lo habría detectado. —Era evidente que mi jefe sabía tan poco de informática como yo.

—Podemos comentárselo a los del departamento de informática. Pero, vamos, ¿se trataba de algo importante? ¿Qué ponía?

—Debe tratarse de una tontería. Ponía: «Niels Oppenheimer is in». —Mi jefe arqueó las cejas desconcertado.

—Un anuncio de Viagra, seguro. No molestes a los chicos.

Volví al trabajo con un sucedáneo de café en la mano. ¿Un anuncio de Viagra?

La mañana transcurrió sin incidencias hasta las doce y media, creo recordar. Mi jefe me llamó al despacho, donde le acompañaban dos tipos verdaderamente enormes, dos auténticos armarios empotrados.

—Estos señores desean hacerte unas preguntas.

—¿A mí? —Él asintió.

—Bien, ¿de qué se trata? —pregunté dirigiéndome a ellos.

—Parece que ha tenido usted problemas con su correo electrónico— dijo uno de ellos.

—No. No he tenido ningún problema.

—¿No recibió usted un email de A.E@bunk.com?

—Así es, ¿por? ¿Eso es un problema?

—En absoluto. —Noté que uno de ellos, el más grande, no hablaba—. Pero nos tememos que vamos a tener que llevarnos su ordenador.

—¿Qué? —exclamé desconcertado—. ¿Qué está pasando? —pregunté a mi jefe—. ¿Son ustedes policías? —volví a dirigirme a ellos.

—No, señor. No somos policías.

—Luego, ¿qué demonios sucede aquí?

—No se preocupe, se lo devolveremos en unos días. Mientras tanto podrá usted disponer de un ordenador de sustitución.

—¿Un ordenador de sustitución? ¡¿Qué es eso de un ordenador de sustitución?!
¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? En serio, no entiendo nada.

Sin decir media palabra más, los dos hombres salieron de la sala. Me quedé solo con mi jefe, quien me miró ligeramente preocupado.

—¿En qué lío te has metido? —me preguntó.

—¡En qué lío me voy a meter! ¿Quiénes son esos tipos?

—Son de la Interpol.

—¿Qué coño me estás diciendo?

—Mira León, tampoco a mí me han dicho mucho más. Simplemente que debían llevarse tu ordenador unos días porque había indicios de que a través de él se había llevado a cabo una operación «irregular». Ése fue el término que emplearon, «irregular». Me enseñaron una placa y eso fue todo.

—Esto es una locura. —Mi jefe no dijo nada.

Salí corriendo hacia mi mesa. El gigante que no hablaba estaba desmontando mi ordenador. Me sentía un tanto minimizado. Algunos compañeros miraban sorprendidos. Tal vez mis gritos se hubieran escuchado fuera del despacho.

—¿Serían tan amables de decirme qué sucede exactamente? —pregunté.

Como era de suponer no hubo respuesta. El hombre que me había dicho que tenían que llevarse el ordenador se fue. Me quedé allí de pie viendo cómo ese gorila enfundado en un traje azul marino desactivaba mi herramienta de trabajo. Al cabo de un rato el otro agente regresó con una torre y la dejó en el suelo. Supuse que debía tratarse de mi «ordenador de sustitución».

—Si esta semana recibe otro mail de bunk.com, no dude en ponerse en contacto con nosotros —me dijo extendiendo una tarjeta.

Me dio la impresión, en cualquier caso, de que eso no iba a suceder. Fuera quién fuera ese o esa tal A.E se había metido en un buen lío y seguro que no volvería a mandarme otro correo sobre Niels Oppenheimer ni sobre nada más. «Mierda» pensé y

estimé que lo mejor sería bajar a echar un cigarrillo. A mi jefe no creo que le hubiese importado.

Maribel me miraba desde su mesa. No hice el menor gesto y me fui de allí dejando a esos dos con sus cosas, es decir, con las mías. Estaba seguro que todo aquello tenía algo que ver con el maldito correo de A.E., pues, que yo supiera, ninguna acción remotamente irregular —salvo dispensar bazofia informativa— se había realizado desde mi computadora. Podría haber mirado en el ordenador de algún compañero a qué se dedicaba la empresa bunk.com, pero, si por recibir un mail suyo esos caballeros habían venido a «hacerme unas preguntas», no me parecía una opción muy inteligente. Ya lo haría días después y a varios kilómetros, en algún *ciber* que no contase con cámaras de seguridad.

Me fumé dos cigarrillos antes de que Maribel bajase, lo cual sucedió escasos minutos después.

—¿Qué sucede León? ¿Quiénes son esos tipos?

—Son de la Interpol.

—¿Qué dices? —hizo una pausa para asimilar el comentario— ¿Y qué hacen llevándose tu equipo?

—Supongo que deben ponerlo en cuarentena. Estos virus modernos...

Maribel percibió la seriedad en mi rostro. Era incapaz de disimular el fastidio y la preocupación. Me puso una mano en el hombro y trató de animarme.

—Eh, ¿va todo bien?

—Supongo que sí —dije sin mucha convicción.

En ese momento tuve un presentimiento desagradable. Me había convertido en sospechoso de un *pseudodelito* que yo no había cometido. Incluso era probable que Maribel se metiera en problemas si se dejaba ver conmigo. Cabía la posibilidad de que todo el asunto no fuera más que un malentendido. Pero mi intuición masculina me decía lo contrario. Ahí estaba pasando algo gordo. De otro modo era impensable que dos tipos de la Interpol se hubieran personado en un periódico de mala muerte para llevarse un PC.

—Tomemos un café después del trabajo —propuso Maribel.

Yo dudé un instante, preocupándome por su seguridad, pero finalmente accedí. No tenía el menor sentido negar que necesitaba, al menos, desahogarme un poco y explicarle las cosas. Ella no se merecía que la dejase sin una respuesta y que yo, de la noche a la mañana, cambiase de actitud y me mostrase frío y distante sin explicarle mis motivos. Maribel subió de nuevo a la redacción y yo me quedé allí. Miré la caja de cigarrillos. Me quedaban dos. Mientras esos señores trajeados instalan mi nuevo ordenador me acercaré al estanco y compraré dos cajetillas. «La noche promete», me dije. A fin de cuentas me daba igual. Si la cosa seguía así, tarde o temprano, acabarían por despedirme o recomendarme unas vacaciones permanentes. «Hasta que se resuelva esta historia», me diría mi jefe. Lo estaba viendo.

A las siete y media me acerqué a la mesa de Maribel.

—Bueno, por fin llegó la hora de nuestra cita —le dije.

—Perdona, pero esto no es una cita —me dijo ella sonriendo.

—Sí que lo es.

—No lo es.

—Perfecto. Si eso te hace sentir más cómoda...

Recogió su bolso y nos dirigimos hacia mi coche. Le prometí que después la acercaría a recoger el suyo. La idea era tomar un café, pero como siempre me había apetecido cenar con ella, sugerí tomar un trago ligero en el Café d'Orsay (no, no estábamos en París) y después ir a cenar a un pequeño bistró que sabía le gustaría. Cada hombre tiene sus armas secretas y ésa era una de las mías. Había llevado a varias mujeres allí con un éxito razonablemente elevado. Además, quedaba cerca de mi casa y los dueños me conocían. El trato era personal, lo que contribuía a hacer que ese aire de personaje «estirado» desapareciera de mi pellejo. Pero, sobre todo, repito, quedaba cerca de mi casa. Maribel vestía una delicada blusa de lino blanco que le sentaba sensacional.

—Hacemos buena pareja —le confesé mientras conducía.

—No, no la hacemos. Y si sigues así, pienso bajarme de este coche —repuso divertida.

—¿Ya te has enfadado conmigo en nuestra primera cita?

—Y dale con la cita. Sólo quiero charlar con un viejo amigo, con un compañero del trabajo.

—Qué considerada.

Maribel encendió un cigarrillo de los míos y me ofreció otro a mí. Ni se molestó en preguntarme si me desagradaba que fumase dentro del coche. A pesar de ser un fumador compulsivo, no solía hacerlo. En cualquier caso, tampoco le dije nada.

—Bueno señor Problemas, ¿me vas a contar de una vez qué ha sucedido en la redacción hoy? —me preguntó. Tenía una forma de fumar que me encantaba. Su mirada se perdía, como si se enredase en no sé qué pensamientos, como si no estuviese realmente allí.

—Pensaba que aguantarías hasta que nos tomásemos un par de tragos —repuse.

—Pensaste mal.

—¿Sabes que me gustan las rubias? —añadí. Ella era morena.

—Y a mí —contestó. Sonreí.

—Oye, ¿Por qué te divorciaste de Lucho?

—Era decididamente imbécil.

—¿Y aparte de eso?

Dio otra calada a su cigarrillo y no contestó. De repente, toda mi preocupación se había desvanecido. Maribel bajó la ventanilla y el aire cálido comenzó a hacer que su cabello danzase libremente. Apagué el aire acondicionado con disimulo. Ella permanecía sin decir nada. Hasta ese momento no había reparado en lo verdaderamente sensual que era. Siempre la había visto como una mujer atractiva, pero un tanto mojigata. Ahora comprendía perfectamente que Lucho, en efecto, debía ser

decididamente imbécil por haber dejado escapar a una mujer como esa. «Tanto mejor para mí», pensé.

El Café d'Orsay tenía una selección de café magnífica. La decoración, a pesar de su nombre, era típicamente mediterránea. Las paredes cubiertas mediante un revoco tosco, hecho con mortero de cal pobre, pintado de blanco, al estilo ibicenco; las mesitas de madera vieja repintadas de azul básico; el suelo de madera oscura, zonas con losas de barro y alguna alfombra rústica. Jamás comprendí por qué bautizaron aquel sitio con un nombre francés. Podrían haberle puesto «Santa Eulalia», «Mikonos» o algo así. Quizá tuviera algo que ver con el café, ni idea. La primera vez que un visitante llegaba allí solía quedarse sorprendido. Maribel, al menos, lo hizo. Ella pidió un café solo, yo un Campari con una rodaja de naranja. Le ofrecí un cigarrillo que aceptó gustosamente. Le dije que no conciliaría el sueño si bebía café a esas horas. «Tal vez no quiera dormir», me contestó y para mí fue una respuesta válida y suficiente. Volvió a pedirme que le contara lo de los hombres de la Interpol, pero le rogué que esperase un poco más. Deseaba tomarme mi Campari tranquilo y le pregunté por su amiga Ana. Meneó la cabeza.

—No sabía que fueras tan torpe —contraatacó.

—Es probable que haya muchas cosas de mí que todavía no sepas.

—Hombre misterioso...

Me alegró oír ese comentario, empero, no se ajustaba en absoluto a la realidad. Tenía un buen sentido del humor aquella Maribel.

—Me temo que tendrás que aceptar cenar conmigo esta noche si quieres que te cuente lo de esos tipos —le dije.

—Si tienes tan buen gusto para los restaurantes como para las cafeterías, creo que no voy a oponerme. —Sonrió.

La cosa pintaba bien. Si ella opinaba que yo tenía buen gusto, tenía bastante terreno ganado. No podía precipitarme, pero, sin duda, se trataba de un buen indicativo. Hablamos de muchas cosas: de mi origen francés, de cómo acabé en un periódico de segunda (mentí en las respuestas). Me preguntó por qué no me había casado (otro buen indicativo. También mentí) y cosas por el estilo. Yo por mi parte le pregunté cómo

llevaba su nueva soltería, sobre sus sueños y aspiraciones (estoy hecho un buitro). Reprimí el deseo de preguntarle por sus amantes, si los tenía, y la invité a un viaje loco por Egipto. Le dije que tenía unos amigos que poseían una casa en El Cairo con cocodrilos en el patio y que nos la dejarían sin problemas a cambio de que los alimentásemos durante esa semana (a los cocodrilos). Le aseguré que no tendríamos que limpiar la bañera gigante donde habitaban. Se notaba que se estaba divirtiendo. Apreciaba a esa chica. Puede parecer que a los hombres nos resulta indiferente la elegancia y la inteligencia de una mujer. No es así en mi caso. Detesto a las mujeres vulgares. Admiraba la forma en que Maribel estaba tratando de rehacer su vida, de manera madura y sin subterfugios baratos. Recuerdo que en un momento dado rocé levemente su mano, de manera inocente, pero la retiré al instante. Ella lo advirtió, pero no dijo nada. Noté cómo el tiempo se paralizó por un instante. Fue un acto espontáneo. Maldito Campari.

Un poco antes de las nueve sugerí que fuésemos a cenar algo. ¿Has reservado mesa? Me preguntó. Siempre hay una mesa para mí, le respondí. Ella me dirigió una mirada burlona, detrás de la cual se escondía una indudable atracción.

Fuimos caminando porque el *Figón de Lola*, un local con un nombre bastante irónico, quedaba muy cerca. Tommasi, el dueño, me recibió con un abrazo. Teresa, una de las camareras, me saludó desde el otro extremo de la sala. Había bastante gente, pero, afortunadamente, también una mesa para nosotros. Tommasi nos acomodó en una mesa estupenda, bastante íntima. ¿Qué tal Lola?, le pregunté. Pasa luego a saludarla, está por ahí en su «laboratorio». Tenía un suave acento italiano, atenuado por muchos años de distancia de su Cesena natal. Salvo una *pannacotta* que cortaba la respiración, no había ni un solo plato italiano en todo el menú. Lola los debía tener bien puestos. Dejé que Maribel echase un ojo a la carta y yo pedí pescado directamente. Sabía que Tommasi me traería lo mejor que tuviera por la cocina. La ex—mujer del arquitecto se decantó por unas verduras confitadas y los entrantes de la casa. Pedí al dueño que eligiese él el vino. Me fio de ti. Es una forma de salir del paso cuando uno no entiende absolutamente nada de vinos o no quiere dar la impresión de que es un experto —como era mi caso—. Nos sirvió un vino blanco, que normalmente detesto pero que no estaba nada mal.

—Veo que sabes montártelo —señaló Maribel.

—Tengo mis momentos.

Ofrecí un cigarrillo a mi acompañante y, como es de recibo, encendí otro para mí. Consideré que era el momento de informar a Maribel del incidente del mail del empleado o empleada de bunk.com, explicando así la presencia de los dos agentes de la Interpol («No somos policías»). Permaneció un instante callada.

—No me suena para nada esa empresa, ni tampoco sé quién es ese tal Oppenheimer —dijo finalmente.

—Ni a mí tampoco.

—¿Has mirado a ver de qué se trataba?

—No me pareció muy prudente, ¿no crees? Al menos no dentro de la redacción ni en un lugar lo suficientemente cercano como para que puedan relacionarme con la búsqueda. —Ella asintió en silencio.

—¿De qué crees que se trata?

—Pfff, no tengo ni la más remota idea.

Tommasi llegó con los entrantes, lo cual interrumpió brevemente nuestra conversación. Lo suficiente como para que me diese tiempo a pensar en la pertinencia de comentarle a Maribel mi preocupación por su seguridad. No había nada entre ella y yo, pero aun así no conseguía estar tranquilo. Podrían confiscar su ordenador o enviarnos un detective privado, en caso de que no lo hubieran hecho ya. Sencillamente no quería involucrarla en todo esto.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer?

—De momento nada. Creo que es lo más razonable.

No le dije que pensaba entrar en un *ciber* a varios cientos de kilómetros para buscar un poco más de información ni tampoco la hice partícipe de la premonición que tuve, a saber: estaba jodido.

Traté de cambiar el tercio de la conversación, no preocuparla más y hacer que se olvidase un poco del asunto. Me mostré tranquilo y recurrí, como en tantas ocasiones, al humor.

—Este vino no está nada mal, pero si de verdad te apetece probar uno magnífico te invito a casa. Tengo un alsaciano fabuloso. Me lo regaló una prima.

—¿Una prima? Jajajaja. Creo que lo que quieres es llevarme a la cama.

—Eso también, pero el vino debes probarlo primero. —Me esforcé por sonreír de manera natural.

Ya habíamos dado buena cuenta de la cena y la botella de vino decía su último adiós.

—¿No sientes curiosidad por saber cómo es la vida de un seductor cuando no seduce? —Me miró directamente a los ojos. Creo que mi sonrisa debía parecer un poco estúpida, si bien no pareció darle demasiada importancia. Si he de ser sincero, a pesar de mi look a lo Antonio Banderas, mi filosofía *neo—dandy* y mi actitud *übersexual*, el papel de seductor profesional se me quedaba un poco grande.

Mi casa quedaba muy cerca del *Figón*, como ya he dicho. Tras degustar la maravillosa *pannacotta* de Lola y saludarla, nos dirigimos allí. La casa estaba muy adecentada. Maribel me preguntó si me ocupaba personalmente de la limpieza. Le dije que sí, lo que la sorprendió gratamente. Examinó atentamente mi extensa biblioteca, mi pequeño tesoro. Yo, mientras tanto, abrí la botella de alsaciano y le serví un poco.

—¿No vas a poner música?

—Dudo que mi colección de *punk* garajero sea de tu agrado.

Eché un vistazo a mi colección de cedés y se sentó en el sofá.

—Conque *punk* garajero...

Cierto que me gustaba ese tipo de música. Aunque también el *free jazz*, el *be bop* y otras cosas. Me senté junto a ella. Supongo que algún oyente esperará un pasaje de sexo salvaje o algo por el estilo. Lamento defraudarle (comienzo a entender por qué nunca me fue bien como escritor). Maribel durmió conmigo, pero no fornicamos. En cualquier caso, ésa es otra historia.

En algún lugar de Dresde, Alemania.

Klaus Zimmermann extendió la tela asfáltica en el suelo. Enseñaba al pequeño Brandeis a construir una placa solar con materiales domésticos. Su hija Erika y su esposa Dagna estaban en la parte trasera recogiendo verduras.

Hacía cinco años que se habían mudado a esa pequeña casita de madera en medio del bosque. Podría decirse que se trataba de una familia de ecologistas radicales. Klaus había abandonado su puesto de profesor de biología en la Universidad Técnica de Berlín —donde concretamente impartía edafología e hidrología— para entregarse por completo a investigaciones paralelas y más personales que bien podrían calificarse por muchos de «anarcoides». Entre algunos de sus intereses estaba el desarrollo de las teorías de Masanobu Fukuoka y de sistemas que permitiesen el ahorro del agua. Del mismo modo se entregaba al estudio de las enseñanzas contenidas en el *Walden* de Henry David Thoreau. Iba pulcramente afeitado.

Dagna seguía dando clases a niños, ahora en un pequeño colegio semi rural. Habían decidido ocuparse personalmente de la educación de sus hijos. Evidentemente también se preocupaban por socializarlos. Los vecinos, escasos, solían visitarles con cierta frecuencia. Preparaba el mejor *eierschecke* de todo Dresde. Los niños tenían ocasión de relacionarse con los demás. Técnicamente, Brandeis era lo que suele denominarse de manera habitual un superdotado y Erika presentaba altas capacidades en el terreno artístico. Aparte de eso, el niño sentía pasión por la escalada y el resto de chavales se morían de envidia al ver jugar al fútbol a Erika. Los adultos estimaban en gran medida al matrimonio y desde la llegada de la familia, gracias a los consejos de Klaus, las cosechas de los agricultores de la zona habían experimentado una espectacular mejora, dando mejores frutas y verduras: menos agua requerida, más calidad, más sabor y mayor tamaño.

Klaus y Brandeis habían cavado unas zanjias en el suelo. Habían puesto en el fondo unas láminas impermeables y habían dejado en ambos extremos unos agujeros. La idea era que la lluvia llenase las cavidades. La tela asfáltica haría las veces de una placa solar. En un experimento anterior, habían situado la tela asfáltica en el fondo, habían

sustituido las zanjas por unas tuberías metálicas colocadas en formas de «S» sobre la tela. Klaus quería que su hijo comprobase por sí mismo qué sistema era más eficiente: enterrar la tubería, o la zanja, bajo una capa de tela asfáltica o colocarla sobre ésta. El biólogo sostenía que ese mismo sistema podía emplearse, con algunas modificaciones, para montar en el tejado un sistema de calefacción natural, añadiendo un mecanismo de canalización del agua corriente más regular en caso de que el agua procedente de la lluvia se agotase. El sistema también incluiría un sistema de almacenamiento del agua de lluvia. Unas tuberías conducirían el agua calentada gracias a la luz solar hasta el baño y así podrían ducharse con agua caliente y un gasto mínimo de energía y agua. Tienes que ayudarme a mejorarlo, le dijo a Brandeis.

—¿Crees que eso bastaría para abastecer una casa de agua caliente? —preguntó Brandeis.

—Creo que la gente debería ducharse menos —fue la respuesta que le dio su padre. Como cualquier niño habría hecho, aquella opinión fue absoluta y alegremente compartida por el hijo.

Los sistemas de almacenamiento de agua en condiciones óptimas y el estudio de la capa freática habían sido el punto central de las investigaciones de Klaus en Berlín. A esos había sumado su interés personal por la agricultura, a modo de complemento ideal. Sin duda, se trataba de un salvaje en las aulas. Su actitud combativa, insumisa, y su estilo poco académico hacía que el resto de profesores lo mirase con un cierto recelo. Además, publicaba en revistas prestigiosas, ajenas al estrecho círculo endogámico del claustro. Hecho que añadía al recelo la envidia. Sin embargo, entre los estudiantes era bastante popular. Sintieron una gran decepción cuando Klaus anunció que se marchaba a Dresde para ocuparse de su jardín y olvidarse del correo electrónico.

A lo largo de diez años, Klaus había ido construyendo su casa aprovechando los periodos de vacaciones. Se sentía orgulloso de haberla hecho con sus propias manos, aunque lo cierto es que había llevado a cabo una gran reforma, convirtiendo una pequeña vivienda que había comprado a un campesino que bebía demasiado y que deseaba mudarse con su familia a la ciudad en una bonita construcción de ciento cincuenta metros, siguiendo los preceptos de la llamada arquitectura bioclimática. Cuando estuvo terminada, cogió a su familia y se la llevó allí. De eso hacía cinco años. Solía salir a pescar con ellos, pero rara vez llevaba caña ni ningún otro utensilio de

pesca. Y, dicho sea de paso, tampoco pescaba nada. Disfrutaba de una vida tranquila. Algunos días llevaba a los niños a esparcir semillas enterradas en bolitas de arcilla por los alrededores. En ocasiones, Dagna les acompañaba.

Una hora más tarde, Dagna les llamó desde la casa.

—Id poniendo la mesa. El asado estará listo en unos minutos.

Klaus y Brandeis dejaron lo que se traían entre manos y atendieron a la llamada de la madre. Comerían en la parte de fuera. No había televisión en casa, lo que fomentaba la comunicación permanente entre los miembros de la familia.

Ese día hablarían de las dos piezas de la pequeña Erika que habían sido seleccionadas para la controvertida Bienal de París. Dagna había enviado algunas fotografías y el detalle de que las pinturas estuvieran realizadas por una niña de nueve años debió conmocionar al comité. La exposición se abriría en octubre. Teniendo en cuenta el desastroso panorama artístico, era más que probable que las propuestas frescas y auténticas de Erika constituyesen la gran revelación de aquella edición. En cierto sentido, suponían un retorno no a un arte pretendidamente primitivo, algo imposible y falso, sino a un arte pre—hegeliano, no sometido al peso creciente de la filosofía y a la necesidad del «libro de instrucciones» (con la consiguiente gratuidad e innecesidad de la obra en sí). Por supuesto, esta operación no suponía un ejercicio consciente de teorización. Tan solo se trataba de un arte primigenio, realizado por una pequeña niña tocada por los dioses. Ya se encargarían otros de ponerle etiquetas y toda una serie de filiaciones culturales. A fin de cuentas, para ello estaban y también ellos tenían que comer. Lo que se resiste a la teorización supone automáticamente un reto succulento para los masoquistas intelectuales.

Parte del encanto de la obra de Erika es que estaba realizada exclusivamente empleando pigmentos naturales y no manufacturados, siguiendo, sin saberlo, la estela de Hundertwasser e instruida por su padre. Su estilo presentaba el colorido vivo del pintor austriaco y evocaba la poesía de los trabajos de Marc Chagall. Pura expresión de vida. Juego infantil que desestabilizaba y asestaba un duro golpe a las elaboradas teorías estéticas, tan estériles como las obras que las ilustraban.

Después de recibir las fotografías, tres emisarios parisinos llegaron a Dresde a contemplar en vivo la obra de Erika. Eran dos mujeres bastante delgadas y un

hombrecillo vestido de negro y muy afeminado. Si las fotografías y los detalles biográficos de la joven artista les había cautivado, cuando llegaron allí pensaron estar en el paraíso. Sencillamente no podían creer lo que estaban viendo. Era como si ya tuviesen en mente los titulares: «Niña salvaje reinventa la pintura». Todo les parecía *cool*. Consideraban que la familia entera en su conjunto, incluyendo el marco «ambiental», era una obra de arte en sí misma. Solamente una de las mujeres hablaba alemán. El resto parloteaba en francés o trataba de expresarse con mayor o menor fortuna en inglés. Klaus habría establecido el inglés como «idioma oficial» del grupo de no haber intuido que algunos de ellos, los franceses, no lo dominaban del todo. Así que, en ese idioma babélico, fueron invitados a visitar el «estudio» de Erika, a petición de ellos. Allí los tres alcanzaron el paroxismo. No podían creer lo que veían: ¡No había estudio! La niña trabajaba en la parte de atrás de la casa. Una estantería de madera llena de botes de pigmentos, colas, resinas, pinceles, y un tablón con cuatro patas —ambos muebles confeccionados artesanalmente por ellos— constituían su estudio. Los parisinos no daban crédito. Tomaron varias fotos de Erika. Aquello era vendible, muy vendible. Y auténtico, le dijeron a Klaus. «Auténtico»... Menudos papanatas. «¿Qué se piensan, que están en una especie de Nueva Atapuerca?» se preguntó éste con resignación.

—Hemos tenido obras de artistas muy especiales —continuó la francesa que hablaba alemán—: desde locos muy cuerdos, ya bastante pasados de moda, hasta paralíticos que hacían garabatos con un pincel de dimensiones personalizadas insertado en el ano y otro sujeto al pene, empleando una silla de ruedas diseñada especialmente para ellos, pasando por travestis haciendo de costureras y bordando *Twin Towers* en pleno derribo. Pero esto... Dios, esto es otra cosa.

Hicieron varias preguntas a la niña, y también a sus padres. Cuantas menos respuestas daba Erika, más parecía complacer a los críticos. Con sumo disimulo, una de las mujeres preguntó a Klaus si su otro hijo también era artista.

—No, señora. Él sólo hace cosas como calcular mentalmente raíces cuadradas de números de más de veinte cifras en pocos segundos y diseñar complejos planos para proyectos de ingeniería —contestó Klaus.

—¿Solamente? —preguntó la francesa con una mezcla de incredulidad y estupefacción.

—Bueno, hace más cosas. Pero eso es de lo más llamativo —sonrió—. ¿Otra cerveza?

Los franceses estuvieron dos días allí. No accedieron a hospedarse en casa de los Zimmermann pero el segundo día acudieron temprano. Después de fijar algunos aspectos de la exposición y hacerles unas interesantes propuestas de compra, el grupo se marchó contento, trotando como adolescentes locas. Los Zimmermann se miraron entre sí y sonrieron. Klaus apoyaba sus manos en los hombros de la pequeña Erika.

Hacía una temperatura perfecta. El sol calentaba sin abrasar. Erika jugueteaba con sus rizos dorados. El olor del asado llegaba desde lejos. Klaus sirvió *weißbier* a su esposa y llenó otra gran copa para él. En ese momento un coche aparcó cerca de su casa. Klaus vio cómo dos tipos vestidos con trajes bajaban del vehículo. Los dos tipos se acercaron.

—¿Es usted Klaus Zimmermann? —preguntó el más alto.

—Así es. ¿Qué desean?

—Hemos venido a entregarle una carta en mano. Como ya no tiene usted correo electrónico... —le entregaron un sobre cerrado. Llevaba impreso un logotipo. La carta venía de los Estados Unidos.

—¿Desean tomar algo?

—No, muchas gracias.

—¿Están de servicio? —Klaus rió. Los dos hombres sonrieron de mala gana y no contestaron.

El biólogo abrió el sobre y leyó rápidamente el contenido de la nota. Volvió a meterla dentro, la dejó sobre la mesa de madera y permaneció un instante sin decir una palabra.

—No debe preocuparse de nada, el Departamento Hidrológico de los Estados Unidos cubrirá los gastos de desplazamiento y el alojamiento.

—No puedo abandonar mi huerto.

—Sería deseable que nos acompañase.

—¿Deseable? —el rostro de Klaus se ensombreció repentinamente—, ¿a qué se refieren con «deseable»?

—Nos sentiríamos muy halagados si usted accediese a venir con nosotros. Quizá no nos hayamos expresado correctamente, discúlpenos. —Aquellos señores debían trabajar en equipo. Hablaban en plural— Nos gustaría que nos acompañase. Nuestro jefe desea que inspeccione nuestras instalaciones en Nebraska. Es usted el mejor.

—Ya sé lo que quieren —Klaus hizo una pausa—. He leído la carta.

—Está bien. Si cambia usted de opinión no dude en llamarnos. Será un placer venir a recogerle. —El tipo más alto extendió una tarjeta de visita. Klaus la dejó junto al sobre sin mirarla.

Los dos hombres se despidieron y se alejaron. Una vez el coche hubo desaparecido, Dagna se acercó a su marido, que permanecía meditabundo, y le preguntó:

—¿Quiénes eran esos señores? ¿Qué querían?

—Eran del Departamento Hidrológico de los Estados Unidos.

—¿Otra vez ellos? —Su mujer parecía preocupada.

—Otra vez ellos.

Los niños se sentaron a la mesa. Dagna pasó un brazo por encima del hombro de su esposo y le dio un beso en la cabeza. Klaus cogió la tarjeta de visita y la sostuvo delante de sus ojos durante un buen rato. Por supuesto que aquel nombre le resultaba familiar: Bunk.

La superficie estaba llena de hombres armados vestidos de uniforme. A simple vista sólo había un enorme cubo de más de mil metros cuadrados muy sobrio e industrial. No había rastro de edificaciones en varios kilómetros a la redonda. Únicamente el desierto. Había cámaras de seguridad por todas partes. Desde el cielo, si es que hubiera sido posible cruzar esa zona, se habría visto que toda el área estaba delimitada por unas alambradas muy elevadas y vigilada por más soldados. No se detectaba señal de mucha actividad en el exterior. Cerca de la entrada se podían ver unas marcas de lo que parecía un helipuerto y, un par de kilómetros más allá, una rampa enorme que parecía descender a un sótano invisible.

El interior era otra cosa. Visualmente no se diferenciaba demasiado de una mega oficina llena de objetos y muebles funcionales, compartimentada de manera monótona pero perfectamente organizada. Un hombre vestido con uniforme civil de militar que llevaba un portafolio color marrón tomó el ascensor. Pulsó un sensor con el dedo, detección de huellas digitales, y una pequeña cámara le reconoció. Se escuchó un suave pitido y el hombre pudo accionar el botón de la planta baja. Tras dos minutos de descenso, el hombre salió del cromado habitáculo y se dirigió a una zona donde estaban aparcados unos cuantos cochecitos similares a los que se veían en los campos de golf. Ningún ser humano podría espontáneamente haber imaginado lo que se escondía allí abajo: un búnker color antracita cuya extensión no podía abarcarse con la vista. Decir «búnker» se quedaba corto. Aquello era más bien una pequeña ciudad bajo tierra. La estancia estaba iluminada por miles de tubos fluorescentes y el techo era prácticamente invisible debido al brillo.

El tipo uniformado circuló por las instalaciones. Había obreros trabajando por todas partes. A simple vista resultaba prácticamente imposible determinar qué era cada cosa de las que allí había o qué estaban haciendo exactamente. En un carril paralelo habían instalado una especie de vía de metro. La altura de la sala debía rondar los cuarenta metros. El cochecito se desplazaba a poca velocidad. El hombre del traje verde oscuro miraba a ambos lados parsimoniosamente, sin centrarse en nada en particular. Lucía unas mandíbulas muy afiladas, un corte de pelo al cepillo y un afeitado impecable. Debía tener unos cincuenta años, pero su aspecto era el de un hombre fornido, amén de poco amistoso.

El militar llegó a una zona más apartada. Detuvo el pequeño vehículo, cogió el portafolios y se apeó. A unos cien metros, un grupo de hombres charlaba a pie de obra. Daba la impresión de que uno de ellos, también uniformado, explicaba algo al resto, dos de los cuales vestían ropa de trabajo.

—Coronel —así fue recibido por el otro militar—, le presento al señor Esdras. Ha venido a examinar las obras. Estábamos esperándole.

—Disculpen el retraso. Es un honor, señor Esdras, que nos haya visitado —añadió el coronel mientras estrechaba la mano del evaluador.

—El honor es mío, coronel. Me satisface certificar que las obras están siendo ejecutadas con gran diligencia.

—Creo que ya les he hecho esperar demasiado —continuó el coronel—. ¿Qué les parece si les muestro «el almacén»?

—Estoy impaciente —respondió el señor Esdras.

El coronel, el otro señor uniformado y Esdras se dirigieron de nuevo al cochecito y los dos operarios continuaron trabajando.

Esdras producía una extraña sensación de desconfianza. Era extremadamente alto y delgado, con el pelo lacio, rojizo, peinado pulcramente hacia el lado. Las mandíbulas muy marcadas y unos ojos azul claro obscenamente penetrantes. Sus manos eran fuertes y sus gestos ligeramente afectados. En definitiva, el adjetivo que mejor podría definirlo era *siniestro*.

Contemplaba con atención los detalles de la obra, mientras el vehículo avanzaba lentamente y los otros dos militares hablaban y explicaban los pormenores de aquella construcción. El examinador no parecía estar muy interesado en dichas explicaciones y, sin decir nada ni apenas disimular su desinterés, se limitaba a escudriñar cada rincón con su mirada.

—Le advierto, señor, que lo que va a ver le impresionará. No creo que haya visto nada igual en su vida —anunció el coronel.

—He visto muchas cosas en mi vida, coronel —repuso el emisario.

—Aun así, me temo que se sorprenderá —añadió el coronel.

—En cierto modo, coronel, es para lo que he sido enviado: para sorprenderme.

Atravesaron un pasillo largo y menos iluminado que el resto. La luz amarillenta provenía de lámparas de obra situadas en la bóveda. El ambiente era húmedo. Finalmente, alcanzaron lo que parecía ser el final inevitable del trayecto. Un muro señalaba que el viaje había terminado.

—Por aquí, señor Esdras —indicó el coronel.

Los tres hombres bajaron de esa especie de coche de golf militar y el coronel les hizo de guía. Escondida en la oscuridad, se hallaba una pequeña escalera metálica.

—Lamentándolo mucho, van a tener que ejercitar un poco las piernas.

El coronel iba en primer lugar y, mientras ascendían, les iba explicando que un muro de cien metros de anchura separaba el lugar donde se hallaban del «almacén». Debían ascender unos veinticinco metros para acceder al otro habitáculo. Una puerta metálica de seguridad era el acceso al otro lado. Tras un pasillo de cien metros, justo el espesor del muro, otra puerta idéntica a la primera les separaba de la esperada sala. El coronel hizo una breve pausa antes de abrirla. El otro militar guardaba silencio y Esdras no mostraba el menor gesto de impaciencia. La puerta se abrió. Al atravesarla, Esdras advirtió que estaban sobre una plataforma cuyo fin no era posible avistar. Cada cinco metros había un foco pegado a la pared y cada cien una escalera que permitía la bajada al fondo del almacén. Los ojos de Esdras se iluminaron. Lo que vio era sublime, monstruoso. Las paredes del «almacén», que no era sino una especie de piscina gigantesca, eran metálicas y de veinticinco metros de altura.

—¿Qué extensión tiene, coronel?

—Cincuenta kilómetros, señor.

El enigmático *perito* no pudo reprimir una leve sonrisa de satisfacción. Resultaba obvio que conocía perfectamente las medidas de aquella cosa. Cincuenta kilómetros de metal. Una caja de cincuenta kilómetros y veinticinco metros de altura bajo tierra. Poco a poco, la vista se perdía, hasta el punto que sólo era posible percibir un inmenso fondo

negro. Completamente negro. Era como encontrarse delante de la nada más absoluta. El vacío. Una suerte de *finis terrae* artificial.

—El presidente Crush se sentirá muy orgulloso de ustedes. Señores, estamos haciendo Historia. El mundo jamás vio nada similar. Ni volverá a verlo.

El coronel explicó a los otros que había accesos desde el exterior cada diez kilómetros. Las entradas estaban absolutamente camufladas y vigiladas de manera permanente por cámaras, satélites y un efectivo militar.

—Quizá le apetezca ahora tomar un café, señor —sugirió.

Esdras salió a la sobrecalentada superficie. El sol pegaba con fuerza. Sacó una pitillera del bolsillo de la chaqueta y cogió un cigarrillo. Los otros dos acompañantes habían permanecido en el interior del cubo. Un gran número de soldados hacía su ronda. Los contempló durante un rato. Después buscó su teléfono móvil y llamó.

—Señor: todo según lo previsto. —Permaneció un instante con el teléfono pegado a la oreja y colgó.

Cuando hubo terminado su cigarrillo, Esdras regresó al interior y buscó a sus cicerones. Ahora tomaré ese café, le dijo al coronel.

Los tres hombres se sentaron en los sillones de un despacho con sus respectivos cafés.

—Las obras finalizarán en seis meses. Todo el equipo está trabajando a pleno rendimiento —informó el otro militar.

—Espero que así sea. Muchas de las invitaciones ya han sido enviadas —añadió Esdras.

—¿Para cuándo se prevé la... operación? —preguntó el coronel.

—Lo sabe perfectamente —atajó Esdras—. La fecha límite está claramente establecida en los informes. Un retraso, por pequeño que sea, en las tareas de ejecución de la obra podría tener consecuencias irreparables y, sin pretender resultar amenazador, catastróficas para todos nosotros.

Los tres hombres guardaron unos segundos de silencio. El coronel abrió el portafolios y mostró al resto unos planos.

—Deben contratar a más hombres —propuso el emisario.

—¿Cómo justificar...?

—Mi querido coronel, ¿desde cuándo el Gobierno de los Estados Unidos ha tenido que justificar nada? Contrate a más hombres. Es una orden.

En ese momento, los dos militares comprendieron que el señor Esdras no era un simple mensajero. No era uno más, ni mucho menos. Aquel hombre ni siquiera necesitaba tarjeta de identificación, ni armas ni fichas en base de datos alguna. Era una suerte de fantasma que había trascendido el orden administrativo y burocrático del Estado. Operaba a través de otros cauces, reservados a y establecidos para apenas una docena de seres humanos.

—Señores, llevamos siete años preparando este momento. Me hago cargo de que comprenden la importancia de lo que les estoy pidiendo. Los datos ya han sido arrojados.

Dicho esto, Esdras se levantó del sillón, se despidió de los dos militares y abandonó el despacho.

Fuera, el calor había arreciado. Un Hummer blindado recogió al enviado. «Unos cacharros muy particulares —pensó Esdras—. Una pena que hayan dejado de fabricarlos». El coche se alejó rumbo al helipuerto. Desde lo alto, apenas se apreciaba actividad humana. Un pequeño juego de estrategia, un videojuego. Una broma.

A la mañana siguiente llevé a Maribel a su casa. Quería pegarse una ducha y cambiarse de ropa antes de ir al trabajo. Le dije que yo no pensaba ir, que telefonaría al jefe y le diría que no me encontraba muy bien. Francamente, no creo que se lo tomase muy a mal. Lo imaginaba allí sentado, con su habano en el bolsillo interior de la chaqueta y la petaca escondida en el cajón, sin hacer nada delante de una pantalla de un ordenador no confiscado. Bueno, no confiscado de un modo material, pero intuía que todas las redes ya estarían pinchadas por entonces. Dos tipos de la Interpol, o supuestamente de la Interpol, no se dejan caer en un sitio para cargar con un PC y ya está.

—¿Estarás bien? —se interesó Maribel.

—Perdona, nena, pero estás hablando con *Monsieur Poiccard*. Seguro que estaré bien —le acaricié suavemente la mejilla a fin de tranquilizarla.

De repente, aquella mujer descendía del Olimpo en que mi imaginación la había situado y se convertía en una persona frágil y al mismo tiempo fascinante. Sabía que estaba verdaderamente preocupada. Le prometí que la llamaría y, en ese caso, no mentí. No pretendía tanto informarle acerca de mi situación como saber si ella se encontraba bien y, sobre todo, a salvo.

La vi bajar del coche y alejarse después de darme un repentino beso en los labios, más fruto del temor que de cualquier otro impulso erótico. ¡Menuda camisa de lino! Hizo una pausa a mitad del camino para sacar un cigarrillo del bolso. Se lo encendió y desapareció en el portal de su edificio sin mirar atrás.

En aquel momento tenía dos opciones: una de ellas conducir hasta un lugar lo suficientemente alejado, localizar un *ciber* sin cámaras de seguridad y buscar un poco de información sobre las actividades de Bunk o bien seguir pensando un poco más. De haber hecho lo primero, los agentes que nos habían visitado en la redacción u otros similares habrían, inmediatamente, llamado o se habrían personado para averiguar un par de asuntos acerca de mí, como, por ejemplo, dónde había estado ese día. Obviamente, aunque me ausentase una semana después, las alarmas se dispararían. Sólo

había una forma de poder llevar a cabo mi plan: convencer a mi jefe de que me enviase fuera a realizar cualquier gestión. No podía albergar muchas esperanzas. El *Vientos de cambio* era un periodicucho local que no realizaba ningún tipo de investigación y resultaba altamente improbable que mi jefe decidiera subvencionar cualquier actividad fuera de las paredes de la redacción. Tenía que pensar en otra cosa. Y, honestamente, no estaba para pensar.

Cuando Maribel llegó a la redacción, yo ya llevaba un par de cafés y cinco pitillos entre pecho y espalda. No disimuló su sorpresa, aunque nadie lo advirtió. Le hice un discreto gesto para que no se acercase a mí y mantuviera la calma. Ella se sentó en su silla y yo me dirigí al despacho de mi jefe.

—¿Se sabe algo de mi ordenador? Es que el cacharro de sustitución que me han dejado... tiene las teclas un poco duras.

—¿No será que tú tienes los dedos algo blandos? —hizo una pausa, es decir, dejó de hacer la nada que estaba haciendo, y me miró con atención—. León, no han llamado para decirme nada acerca de tu ordenador. No sé cuándo van a hacerlo, así que te agradecería que no jodieras más y olvidases el asunto. ¿No te basta con que no te haya pedido más información al respecto?

Era un buen tío. Un poco inútil, pero excelente. Le dije que lo pillaba y regresé a mi mesa. Había hecho lo correcto. De haberme ausentado ese día, alguien, no sé quién, habría sospechado algo. Era incluso probable que un detective o un *secreta* me estuviera vigilando. Mejor, por tanto, no joder más —según las indicaciones de mi jefe— y hacer como que no pasaba nada, como que todo estaba bajo control, aunque, a efectos prácticos, no hubiese nada que yo tuviera que tener controlado. ¿Para qué preocuparme tanto por un maldito ordenador con un sistema operativo desactualizado?

Al pasar por la mesa de Maribel, le rocé el hombro. Me acerqué a su oído y le dije que ya me encontraba mejor gracias a su beso. Ella miró a nuestro alrededor. No había nadie cerca. Comprendió que había acudido al trabajo para no levantar sospechas y, sin decir nada, me dio su aprobación. Antes de que pudiera incorporarme, me cogió suavemente de la solapa y me acercó a sus labios. Tras besarme me dijo: «no hace falta

que finjas estar mal para que te dé un beso». Sonreí y me alejé. Supuse que estaba más tranquila.

Abrí de nuevo mi correo electrónico con escasa esperanza de encontrar otro mail que me ayudase a comprender un poco mejor aquel asunto. Los tipos de la Interpol o de Bunk o de quién sabe qué organismo habían hecho los deberes. Nada de nada, salvo el habitual paquete de noticias enlatadas. Únicamente advertí un hecho insignificante pero curioso. El mail anterior, el desencadenante de mi inquietud y de mi cita con Maribel, había desaparecido. La cosa estaba clara, aunque predecible: alguien había hurgado en mi correo y se había tomado la libertad de manipularlo descaradamente. Estimé innecesario dar parte a los del departamento de informática, es decir, un par de chavales de una tienda cercana que, de vez en cuando, se pasaban para actualizar el anti—virus o para cambiar algún componente de los ordenadores. Por suerte, tenía (todavía la tengo) buena memoria y recordaba a la perfección el remitente: A.E@bunk.com dentro de un mail enviado desde la agencia de empaquetado de noticias, seguramente remitido por una becaria o un becario a los que su sueldo no les llegaba ni para pagar la habitación en un piso de estudiantes.

Mordía la capucha de un bolígrafo mientras mis ojos se clavaban en la pantalla del ordenador sin un objetivo fijo. ¿Cómo un mail tan insignificante, al menos por lo tocante al contenido, podía haber causado un revuelo así? Un organismo que podía contar con la Interpol para visitar un diario como el *Vientos de cambio* no podía cometer el absurdo error de permitir que sus correos salientes no atravesasen un filtro más estricto y sofisticado. ¿Acaso alguien, presumiblemente A.E, lo había enviado adrede? ¿Se trataba de un mensaje en clave? ¿Quién sería el destinatario real? ¿Por qué había sido reenviado desde una agencia de noticias? No conseguía dar una respuesta a ninguna de aquellas cuestiones. «Niels Oppenheimer is in». «¿Para qué sirve la física nuclear, qué estudia?» me pregunté. De todos los usos, puede que el más llamativo, o el más inquietante, fuese el desarrollo de armas nucleares. ¿En qué se *había metido* el tal Oppenheimer? Resultaba razonable pensar que, al igual que habían intervenido mi ordenador, también hubiesen hecho lo propio con la persona que enviase el mail desde la agencia de noticias. Sopesé la opción de buscar a dicho individuo. ¿No sería demasiado arriesgado? No tenía muchas más posibilidades, excepto dejar las cosas estar y olvidar el asunto. El problema es que no me gusta que cojan mis cosas sin mi permiso.

Sólo tenía que encontrar la manera de convencer a mi jefe para que me permitiese viajar hasta la agencia y que me encubriese en caso de que alguien preguntara por mí.

Mientras se me ocurría la manera de conseguirlo, me puse a darle vueltas a la cabeza acerca de cómo podría proceder una vez que estuviese allí. No podía presentarme y preguntar por nadie, salvo que desease —y no era el caso— que unos cuantos agentes se presentasen no en la redacción sino en mi casa con la firme intención de confiscar algo más que mi ordenador. Tal vez a mí mismo. Por otra parte, era bastante probable que el tipo que envió el mail en el que se había colado el otro mensaje no tuviera la menor idea de quién era el/la tal A.E. No obstante, era un hecho que alguien lo había enviado. ¿Y si la teoría de Stanley Milgram —ya saben, aquella según la cual todos estamos interconectados a través de una cadena que no tiene más de cinco eslabones o intermediarios— fuese cierta? Sería posible dar con el remitente original. Si Milgram consiguió demostrarlo mediante el correo postal, cabía imaginar que a través del correo electrónico —por no hablar de Facebook— sería todavía más sencillo y rápido. El reverso tenebroso: también sería más peligroso.

Aprovecharé esta circunstancia para hacer una pequeña confesión. Nunca me han gustado los ordenadores. Para mí son aparatos del demonio. Tienen un aspecto inocente, nos brindan la posibilidad de llevar a cabo un sinnúmero de operaciones, pero dejan muchas huellas. Las páginas que visitamos, los documentos que guardamos, esto es, los que no se acaban borrando por un simple «clic» en la pestaña equivocada. Todo queda perfectamente reflejado. Nos gusta escondernos en la falsa tranquilidad que nos ofrece la cantidad de operaciones realizadas al cabo del día, los millones de correos electrónicos que se generan, las visitas realizadas en todo el mundo... Pero si nuestra máquina cae en hábiles manos, como las de la Interpol, en ese caso, estamos perdidos. Nuestra privacidad saltaría por los aires y todos nuestros romances digitales quedarían al descubierto.

¡Quién me habría dicho a mí que un periódico de tercera, unido a mi incontrolable tendencia a meter las narices en cualquier lado, me habría reportado más emoción que cualquier vida de escritor! Por alguna extraña razón pensé en el *Periodista deportivo* de Richard Ford, aquel libro que fue mi único consuelo cuando abandoné mis fantasías de escritor serio. «Bascombe —me dije— esta vez te he superado».

Pensaba en Milgram y en Maribel. Dudaba entre pedirle ayuda a ella de un modo explícito o no. Me preocupaba su seguridad, pero lo cierto es que era casi seguro que ella estaba siendo igualmente investigada ya. De modo que, tristemente y muy a mi pesar, se encontraba, presuntamente, con el agua al cuello y poco tenía que perder. ¿Por qué jamás me he casado? La respuesta se presenta ahora en mi mente de un modo claro y distinto: me convertiría automáticamente en un homicida en segundo grado o, como poco, en alguien que envía a su esposa al presidio sin que ésta sea culpable de nada en absoluto. La prueba era evidente. Dos besos habían puesto en peligro a Maribel. Un matrimonio... no quiero imaginármelo. Por otra parte, convertirla en una versión actualizada de la madre de Cary Grant en *Con la muerte en los talones* y ponerla a hacer el trabajo sucio me azoraba un poco. Además, tampoco sabía qué debería hacer ella en caso de aceptar mi indecorosa proposición. Mejor sería asumir mi destino y no implicar innecesariamente a nadie más. Y nada más adecuado para empezar que dedicar un fin de semana a buscar una conexión a Internet lo suficientemente alejada y prepararme para salir corriendo en cualquier momento.

Nunca me he considerado un tipo paranoico, pero tenía la sospecha de que si alguien introducía la palabra «Bunk» en un buscador, en alguna parte del planeta saltaría una alarma, detectarían al instante el IP del ordenador del que procediera la consulta y en pocos minutos un agente le echaría el guante al curioso de turno. Es decir, yo. Sonaba un tanto descabellado, pero si algo aprendí en mis años de aspirante a escritor es que la realidad siempre supera a la ficción, y lo hace con creces.

El paso previo era asegurar la seguridad de Maribel y para ello nada mejor que dramatizar una falsa ruptura o discusión en público. En el fondo resultaba un poco triste, dado que no había relación en sentido estricto. Segunda respuesta a la pregunta acerca de por qué no me casé: es imposible casarse si previamente no se tiene una relación con nadie.

Me dirigí a la mesa de mi compañera de fatigas y le pedí que nos viéramos esa tarde después del trabajo.

—Chico, ¿no crees que vas muy rápido? —me preguntó maliciosamente.

—Estoy de acuerdo y quiero romper nuestro romance antes de que sea demasiado tarde —contesté medio en broma.

—¿Vas a dejarme?

—Técnicamente, tú vas a dejarme a mí.

—Todo un detalle por tu parte...

No dije nada más y fingí buscar algo por la redacción. La actitud bromista de Maribel en esas circunstancias denotaba que estaba nerviosa o algo inquieta. Cosa perfectamente comprensible, atendiendo al rápido y un tanto absurdo desarrollo de los acontecimientos. A efectos prácticos, lo único que había sucedido era que unos tipos se habían llevado mi ordenador después de recibir yo un mail incomprensible. Desde ese momento, me estaba comportando como un personaje de novela de espionaje tal y como concibo que debe comportarse, pues, en honor a la verdad, nunca he leído una. Lo mío son los clásicos. Un Kafka postmoderno habría sacado un gran partido de este asunto. Ya lo creo.

—Muy bien —dije a Maribel—. Así están las cosas.

Sentados en una terraza no muy alejada de la redacción, tomábamos cerveza y fumábamos sin descanso. Le expuse detalladamente cuál era la situación y las razones de por qué se imponía una «despedida». No oculté mis preocupaciones y mi temor a que a ella le sucediera algo.

—León, voy a serte sincera. —Me incliné un poco hacia adelante— Puede que estés exagerando un poco. Tal vez todo esto no sea más que una tontería.

—Cierto, pero, ¿y si no lo es?

—Podrías contratar a un detective para que averiguase si alguien te sigue... —detecté un deje de burla en sus palabras.

—Maribel, esto es serio.

—¿Por qué no dejas todo este asunto, te olvidas de ello y sigues con tu vida? No has hecho nada y la cosa no va a pasar de aquí si te estás quieto.

Quieto. Menuda palabra. Era incapaz de imaginar otra que se ajustase menos a mí, cuando la verdad es que hacer caso a mi acompañante me habría venido de maravilla.

Habría engordado un poco y habría sido bastante más feliz. Me habría casado y, quizá, hubiese llegado a escribir un buen libro. Puede que tuviera hijos. Total, cosas que uno se pierde cuando no sabe estarse *quieto*.

—Esto es lo que vamos a hacer —continué, ignorando sus recomendaciones—: vas a simular un enfado y te vas a levantar de la mesa airadamente. Así, si alguien nos está observando, creará que nos hemos peleado y no se preocupará más por ti.

Aunque podría haberlo hecho, Maribel no mencionó la ingenuidad de mi plan. Optó, no obstante, por fingir seriedad y, mirándome fijamente a los ojos, añadió:

—¿Sabes que como inventor de juegos eróticos te lo montas bastante bien? El rollo «discusión en público» tiene su punto.

Me costó reprimir una sonrisa. «Ya te llamaré», contesté muy serio. Ella se levantó de repente y me estampó una sonora bofetada en la cara. No recordaba que fuera tan espantoso. Se alejó con paso firme, trasero turgente y duro como una piedra. De nuevo desaparecía la mujer de la que más cerca me había sentido en muchos años y con la que no había tenido ni visos de relación sexual. Tan lejos, tan cerca. Tan cerca, tan lejos. Paradojas del amor y el deseo. O, abreviando, del sexo.

Aquel sábado conduje hasta Madrid. Madrugué. Uno de los beneficios de estar soltero y sin perspectivas de cambio es que puedes permitirte algunos caprichos. El mío era lucir deportivo, un Spider Veloce del 76 en perfectas condiciones. Las manos de mi cirujano particular, el *doctor* Baricco, se encargaban de que el corazón de mi Alfa Romeo no me diese ningún susto. De los Lounge Lizzards a Blue Cheer, de los Skatalites a Johnny Cash, de Miles Davis a los Cramps. El mp3 que había instalado en mi coche no dejaba de escupir buena música. Tal y como recomiendan las autoridades, hice un descanso después de dos horas de relajante travesía, me fumé un par de pitillos y sendos cafés. Lo de los cigarrillos fue mi aportación personal, ya que no estaba incluido entre las medidas de seguridad sugeridas por la Dirección General de Tráfico. Fue entonces, en aquella área de descanso, donde barajé la posibilidad de adquirir una grabadora de bolsillo. La misma en la que ahora almaceno mis últimas reflexiones.

Debería haber hecho caso a Maribel, ya lo sé, pero la mera idea de que alguien me persiguiera sin motivos, me observara, se permitiera el lujo de presentarse en mi lugar de trabajo y, sin dar explicaciones, se llevara mi ordenador personal (sí, personal), me sacaba de mis casillas. Tercera respuesta a la pregunta acerca de por qué no me casé: porque no sé ceder fácilmente. Detrás de mi apariencia de hombre tranquilo y un tanto desapegado se encerraba un personaje testarudo y peleón, dos cualidades que no se llevan bien con el casorio. Cuarta respuesta: al igual que el bueno de Carlos Gardel, estimo que entregarme a una sola mujer sería una falta de respeto hacia las demás. Y yo soy un tipo muy, pero que muy educado.

Debido a una mezcla de prudencia y una recién estrenada manía persecutoria, me había cerciorado de que nadie aparcara el coche cerca del mío al entrar en el área de descanso. En principio, nadie se había tomado la molestia de seguirme en fin de semana. Hasta los vigilantes necesitan un descanso. Antes de retomar la marcha, eché un vistazo alrededor. Traté de memorizar cada uno de los vehículos que se hallaban en el parking. Contemplé el rojo Ferrari de mi coche y sonreí orgulloso.

Salí de allí mirando por el espejo retrovisor. Efectivamente, nadie vino detrás. Revisé con cuidado todas las salidas y posibles accesos. Habría resultado imposible aparcar el coche fuera del área de descanso sin ser detectado. Subí el volumen para disfrutar de «Human Fly» y pisé el acelerador de mi bólido hasta la tabla. *Push the pedal to the metal.*

En menos de dos horas ya estaba en Madrid. Mi propósito era localizar el *ciber* más destartado al que pudiera acceder. Condición indispensable: que no tuviera cámaras de seguridad. Condición deseable: que el dueño pasara de todo. Conclusión: un locutorio de inmigrantes constituía la mejor solución. Lavapiés se perfilaba como el destino ideal, una suerte de Bollywood—Zulú donde, además de poder comer de maravilla y disfrutar de gente agradable y amistosa, uno podía pasar totalmente desapercibido —salvo por el detalle de lucir un *buga* como el mío—. A cualquiera que le preguntasen, le sonaría haberlo visto y también cabía la posibilidad de que fuera yo quien no lo viera nunca más si lo dejaba allí el tiempo suficiente. Decidí, por tanto, aparcarlo en otra zona y tomar el metro. Por suerte para mí, los sábados resultaba un poco más fácil encontrar

aparcamiento. O fue pura casualidad. Extraer una ley general a partir de un único caso particular siempre ha sido bastante problemático.

No hay vez que no me pierda en el metro. Me fascinan esas construcciones bajo tierra, enormes y misteriosas, aunque reconozco que siento un poco de claustrofobia y, en especial, padezco un incontrolable pánico a las explosiones. Desde el atentado del 11—M, el transporte público madrileño —creo que cualquier transporte público en general— me causa un poco de respeto. Me incomoda profundamente. Antes de eso, me asustaban las bombonas de butano, las ollas exprés y las botellas de champagne y sus derivados. En definitiva, cualquier cosa que pudiera saltar por los aires en el momento menos esperado. De niño, los objetos que me aterrorizaban eran los globos, los petardos y los cohetes. Por fortuna, jamás he visitado un terapeuta, en cuyo caso me habría diagnosticado algo extraño como ligirofobia u otra cosa mucho peor que me habría perturbado seriamente. He aprendido a vivir con ello: cuando voy a un restaurante, pido que abran otros las botellas de líquidos espumosos y siempre tomo vino en casa (los hay que superan el romanticismo del champagne), uso electrodomésticos eléctricos y cocino a fuego lento. A partir de ahora tampoco volveré a coger el metro ni el tren y preferiré vacilar de Spider, aunque resulte más llamativo y cueste más aparcar. Para algunos, las fobias son un problema; para mí, imprimen carácter.

Jamás entenderé cómo la gente se queda dormida en el metro y se despierta justo cuando llegan a su destino. Tal vez la vida en sí no sea otra cosa aparte de vivir dormido hasta llegar a la meta. Algo bastante desasosegador, como cualquiera imaginará. Tampoco me gusta mucho que el personal lea mientras viaja, por la sencilla razón de que me recuerda mi fracaso como escritor. Siempre leen bestsellers no escritos por mí, a excepción de los que se decantan por textos cultos. Normalmente éstos coinciden con aquellos que van durmiendo. Los dejan en sus rodillas a modo de tarjeta de presentación. Es como si dijeran: «Yo leo estos libros cuando estoy despierto. Soy una persona sensible. Deja tu teléfono y ya te llamaré y tal». Cada uno se lo monta como puede.

Cuando mis zapatos pisaron Lavapiés, un olor a especias —y especies— desconocidas por mí me embriagó. No me costó demasiado localizar un locutorio, aunque fallé en mi pronóstico. El tipo que regentaba el chiringuito, un indio con cara amable, me miró sorprendido. Supongo que se preguntaría qué hacía un tipo tan bien

vestido, uno de esos que seguramente tendría un móvil con Internet, allí metido. Para mi tranquilidad, no había cámaras de seguridad. Pagué una hora de conexión y me entregué a la búsqueda de información. Había preparado durante el viaje lo que tenía que meter en el buscador y estaba entrenado para conseguir toda la información en menos de tres minutos. Me sobró tiempo. Apenas había entradas sobre bunk.com y, desde luego, nada relevante. Algo que debería haber supuesto. Un poco de información sobre hidrografía norteamericana, grupos ecologistas y bastantes páginas—espejo vacías de otro contenido que no fuera publicitario y/o pornográfico. Obviamente, no caí en el error de querer saber más sobre el remitente del mail, ni siquiera el de la agencia de envasado de noticias. Eso me habría situado en la cuerda floja y no habría hecho falta que nadie reconociese mi Spider. Salí pitando de allí un tanto inquieto, pues el indio volvió a fijarse en mí. ¿A quién se le ocurre dejarse caer en un locutorio de Lavapiés vestido como yo y pretender pasar desapercibido? Si al menos hubiese dicho al entrar algo parecido a «Salam Aleikum», la cosa habría cambiado, ya que no creo que el encargado percibiese que el acento no era el adecuado. Pero me limité a saludar con un «Hola». Total, que mejor me encomendaba a Dios o Alá, o a cualquier otro que impidiese que nadie de la Interpol se dejase caer por allí a preguntar. Algo, por lo demás, totalmente imposible.

Puesto que tenía todo el día libre y muy pocas ganas de conducir otras cuatro horas, decidí regresar al coche a pie. A medio camino, entré en un bar, pedí dos cafés al mismo tiempo y me encendí un cigarrillo que daría paso a otros dos más. Reflexionaba acerca del fracaso de mi viaje. Volvía a estar en un callejón sin salida. Bunk parecía no existir, a pesar de que alguien hubiese enviado un mail desde una cuenta de correo propiedad suya. Sólo se me ocurría que tal vez la persona de la agencia de noticias supiera algo. La duda era cómo contactar con ella sin levantar sospechas. Si la cosa fallaba, me prometí a mí mismo que abandonaría el asunto. Aún tenía el olor a pachuli metido en las narices.

Ereván, capital de Armenia.

Las luces del laboratorio estaban totalmente apagadas. Únicamente un pequeño flexo alumbraba una mesa. Un hombrecillo menudo escribía algo en un cuaderno, lo cual contrastaba con la avanzada tecnología de los aparatos que componían aquella sala y, a decir verdad, con la propia sala, construida a base de materiales de inclasificable procedencia y naturaleza. Si los platillos volantes existieran, su sala de enfermería sería similar a aquel laboratorio. Al igual que el cuaderno, el hombre también parecía fuera de contexto: la bata blanca, el pelo, cortado al uno, cubriéndole únicamente las sienes y la nuca, reducida estatura, traje de tweed con chaleco y corbata incluidos, gafas redondas minúsculas. Si hubiese llevado un reloj de cadena, el tipo podría haber salido de principios del siglo XX sin problemas. Dejó el bolígrafo, sacó un pañuelo del bolsillo y desempañó las gafas. Después se frotó la frente con una mano mientras cerraba los ojos. Finalmente, decidió incorporarse y estirar los brazos. Colgó la bata en el respaldo de la silla, apagó el flexo y avanzó a oscuras hacia una puerta metálica de seguridad.

Era de noche. Un hombre apoyado en el capó de un coche, un Bentley Arnage negro excepcionalmente brillante, le esperaba en la oscuridad. El hombre de la bata se le acercó.

—No sabía que condujese usted, señor Esdras —fue su saludo.

—Ya ve. A veces me gusta sentirme libre —sonrió socarronamente y alargó la mano para estrecharla.

—Bonito coche.

—Su inglés ha mejorado mucho desde la última vez que nos vimos.

—Gracias.

—¿Quiere que le lleve a alguna parte?

—Tengo mi propio vehículo, muchas gracias.

—En ese caso, tal vez pueda invitarle a una copa, señor Oppenheimer.

Niels Oppenheimer se lo pensó un instante, mientras observaba detenidamente a su interlocutor. Esdras sacó la pitillera del bolsillo interior de la chaqueta y ofreció uno al recién llegado.

—Son egipcios. —El americano esbozó una sonrisa tan maliciosa como cómplice. Oppenheimer accedió.

—Veo que no pierde usted las buenas costumbres. —Se aproximó al encendedor que Esdras le ofrecía e inhaló el humo con fruición— Reconozco que están deliciosos. —Hizo otra pausa para saborear otra calada de aquel exótico pitillo— Está bien, de acuerdo. Tomemos esa copa.

—Si le parece bien, podemos encontrarnos en el lugar de la otra vez. ¿Lo recuerda?

—Sí, claro.

—Esta vez deje que el aparcacoches se ocupe de todo.

Esdras tiró el cigarrillo a medio y subió al coche. A lo lejos se divisaba una alambrada metálica y una garita de vigilancia. Dos militares estaban apostados uno a cada lado de la barrera de seguridad. Oppenheimer vio cómo se levantaba ésta al acercarse el enigmático visitante. Terminó su cigarrillo tranquilamente y se introdujo en su automóvil dispuesto a seguirle.

[Si deseas seguir leyendo *El búnker de Noé*, pulsa [aquí](#)]